

**ENSAYO SOBRE EL
LIBRO DE MICHAEL
SEIDMAN,
*ANTIFASCISMOS,
1936- 1945. LA
LUCHA CONTRA EL
FASCISMO A AMBOS
LADOS DEL
ATLÁNTICO***

Ensayo crítico *por*
MIRANDA LIDA

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico por*

Miranda Lida

MIRANDA LIDA

Doctora en Historia e Investigadora de CONICET. Profesora de Historia Argentina 3 en la carrera de Historia (Universidad Torcuato Di Tella) y titular de Historia del Siglo XX en la carrera de Historia de la Universidad Católica Argentina (UCA), donde también es profesora en el Doctorado en Historia. Fue Becaria Fulbright durante el período 2008-2009.

Se especializa en temas de historia del catolicismo en la Argentina desde una perspectiva de historia social y política. Entre sus libros se cuentan *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo* (2013); *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad (1900-1960)* (2012); *Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes* (2006). Fue editora de *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950* (2009).

Fecha de recepción: 21/08/2017- Fecha de aceptación: 29/10/2017

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por Miranda Lida

ENSAYO SOBRE EL LIBRO DE MICHAEL SEIDMAN, ANTIFASCISMOS, 1936- 1945. LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO A AMBOS LADOS DEL ATLÁNTICO

Los principales méritos de esta obra del historiador norteamericano Michael Seidman (Universidad de North Carolina) ya han sido destacados con profusión en las reseñas más difundidas de este libro en las publicaciones periódicas, sean o no especializadas, que le han prestado debida atención. En ellas se destaca como un logro la construcción del objeto en una escala transnacional, puesto que el recorrido de la historia del antifascismo antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial recorre distintas geografías en este libro, en especial, España, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Más allá de las fronteras nacionales, pues, Seidman explora y deconstruye un objeto difuso y polisémico, al mismo tiempo que ofrece un mapa básico del antifascismo, sus devaneos, vacilaciones, actitudes no siempre consistentes, sino más bien oscilantes y pragmáticas, sus posicionamientos por momentos firmes e inflexibles, pero también sus concesiones y flaquezas. Consciente de que se trata de un objeto de estudio bastante elusivo en su conjunto, de ahí que exista una enorme producción historiográfica acerca de los fascismos, pero no así de sus detractores, Seidman propone un estudio amplio que pretende incluir sus distintas voces e inflexiones. Es el libro más ambicioso de Seidman hasta aquí, cabe destacar, puesto que sus anteriores trabajos estaban centrados en la historia contemporánea de España (entre ellos, *A ras del suelo. Historia social de la república durante la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2003), pero su *Antifascismos* es de proyección transatlántica, publicado a su vez en inglés por Oxford University Press.

Además, por si ello no fuera suficiente, Seidman ofrece una muy útil caracterización de las principales variantes antifascistas. Distingue, fundamentalmente, dos grandes corrientes que, a pesar de sus ostensibles diferencias, terminaron confluyendo -a veces a regañadientes- en un mismo propósito: derrotar al Eje y, sobre todo, a

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por **Miranda Lida**

Hitler (*Europe first!*). Por un lado, el antifascismo revolucionario tal como se desplegó de la mano de los combatientes republicanos durante la guerra civil española; fue un tipo de antifascismo de izquierda que, a pesar del afán por integrarse a una coalición -e incluso procurar liderarla- a partir de la formación del Frente Popular, a lo largo de la guerra de España no lograría conservar en pie su alianza inicial con sectores ajenos a la izquierda revolucionaria, al precio de perder apoyos que -según Seidman- terminaron por bloquear la posibilidad de que se gestara un sólido consenso antifascista, en especial entre las democracias occidentales que oportunamente optaron por permanecer neutrales, si no hostiles, a la vertiente revolucionaria del antifascismo español. Muestra al mismo tiempo las falencias y limitaciones del homónimo Frente Popular francés que llegó al poder con León Blum en 1936, pero se mostró incapaz de sostener una política exterior de firme compromiso antifascista. Por otro lado, identifica y analiza en sus diferentes inflexiones y matices una segunda corriente antifascista que denomina contrarrevolucionaria que, lejos de ser homogénea o compacta, logró sin embargo sobreponerse a sus propias contradicciones y debates para conformar un bloque aliado bastante más homogéneo, en especial luego de la conferencia de Múnich en 1938 y de la ocupación de Checoslovaquia por Hitler en 1939. De la mano de Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt y más tarde Charles de Gaulle -entre otros-, el antifascismo contrarrevolucionario ha permanecido historiográficamente hablando sumamente relegado, sin embargo, no sólo por detrás de los intensos debates teóricos, metodológicos e historiográficos que han suscitado los regímenes fascistas acerca de su naturaleza, orígenes, significación y todas sus implicancias, sino también por detrás del propio antifascismo revolucionario, quizás el más conocido puesto que luego de 1941 fue reivindicado como propio por la Unión Soviética. Seidman propone, por contraste, la necesidad de deslindar el antifascismo de la izquierda y al mismo tiempo reconocer su compleja y plural composición, que excede ampliamente el cauce proporcionado por la línea revolucionaria.

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico por Miranda Lida*

Así, la reconstrucción y el análisis de los antifascismos contrarrevolucionarios -que Seidman prefiere denominar así, en lugar de antifascismos liberales, dado que una definición tal se habría vuelto bastante imprecisa, puesto que si bien contaba con fuerte apoyo entre liberales, no faltaron conservadores, católicos, tradicionalistas, socialdemócratas e incluso racistas y segregacionistas, como en el caso de los sureños norteamericanos- es quizás la novedad más importante de esta obra, que además no se limita a reconstruir el antifascismo contrarrevolucionario, sino que lo pone en diálogo o tensión, según los casos, con el revolucionario, además de detenerse a desmenuzar sus propios debates internos y transformaciones a lo largo del período estudiado. Y continúa deshilvanando su relato hasta incluir finalmente una consideración de sus consecuencias para la segunda posguerra, ya sea por el significado que el antifascismo conservó en el discurso político del bloque soviético, donde el fascismo apareció ahora asimilado a la denuncia de los regímenes capitalistas para terminar por superponerse a los movimientos de liberación nacional de posguerra, mientras que, por contraste, en Occidente se vio sometido a diferentes desafíos, entre ellos el auge del estado de bienestar, las políticas de desnazificación y la urgente necesidad de reconstrucción del entramado social y económico deshecho por la guerra.

En suma, se trata de un libro potente y sugerente, tanto por la temática como por el tipo de abordaje proporcionado por el autor, que considera al antifascismo en plural, atendiendo a sus diversas geografías. En las páginas que siguen reconstruiremos el nudo central del argumento de Michael Seidman, destacando sus principales aportes, y sobre esa base introduciremos a su vez algunos interrogantes al texto, que presentaremos en la sección final.

Tendencias centrífugas y centrípetas en los antifascismos

Seidman sostiene sin ambages que ambos antifascismos fueron igual de oportunistas en su compromiso político: aborda su objeto de estudio sin ningún tipo de complacencia, tanto es así que por momentos lo somete a un juicio implacable y sin concesiones, donde ningún

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por **Miranda Lida**

antifascismo resulta lo suficientemente congruente ni consigo mismo ni con las duras circunstancias que los regímenes fascistas impusieron a Occidente en el período considerado. Oscilaron entre posiciones firmes y combativas, por un lado, y otras mucho más indulgentes con los regímenes fascistas, por el otro. En el caso del antifascismo contrarrevolucionario, el contraste entre el tibio intento de *appeasement* de mediados de los años treinta y el compromiso bélico irrenunciable que siguió a la invasión de Polonia es contundente; algo similar cabe decir del vaivén que vivió el comunismo desde el VII Congreso, en el que Stalin enarboló con fuerza la bandera antifascista, hasta el pacto Ribbentrop- Molotov, al que puso fin Hitler en 1941 con la operación Barbarroja para dar lugar a una remozada oleada de antifascismo soviético, que se nutrió también del sentimiento patriótico desatado por la invasión extranjera. Así, pues, mirados con lupa, ambos antifascismos tuvieron marchas y contramarchas que le hacen dudar a Seidman acerca de la honestidad de su compromiso con la lucha contra el fascismo.

El autor intenta explicar esto mostrando que el hecho de anteponer la bandera antifascista significaba dejar a un lado otras prioridades en la agenda de los diferentes actores políticos involucrados: la opción por el antifascismo no fue una decisión previsible en ningún caso. Además, el compromiso antifascista llevaba en sus entrañas el riesgo de desembocar en el más intenso belicismo, algo que la izquierda había intentado evitar desde los inviernos más crudos que se vivieron durante la Primera Guerra Mundial; de ahí el importante lugar que comenzó a ocupar el pacifismo entre los intelectuales de izquierda en Occidente. En la medida en que se podía volver beligerante, el antifascismo no fue de ningún modo una opción fácil. Como señala Seidman, ni Francia ni Inglaterra admitieron ir a la guerra para defender la república en España y sólo lo hicieron frente a la destrucción alemana de las repúblicas conservadoras de Checoslovaquia y Polonia (87): era un gesto revelador. El consenso antifascista fue por ello superficial y pragmático -si bien amplio- en contraste con el Eje, más compacto pero excluyente, y por tanto más estrecho en su capacidad de sumar voluntades a sus filas.

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por **Miranda Lida**

En lo que respecta al antifascismo revolucionario, la conformación de los Frentes Populares en Francia y España, y su llegada al poder en 1936, tuvo en ambos países características y resultados muy distintos, que llevarían a que en la Unión Soviética surgieran dudas, a su vez, acerca de la política más conveniente a seguir en cada uno de estos escenarios. Seidman argumenta que el viraje revolucionario de la república española luego del triunfo del Frente Popular y del levantamiento nacionalista le restó apoyos entre los sectores democráticos occidentales, temerosos del viraje radical que daban los republicanos. De ahí el dilema que con lucidez advirtió el Ministro de Exteriores de Stalin, Maksim Litvinov: se dio cuenta de que existía una evidente contradicción entre la búsqueda de una política de apertura hacia las distintas fuerzas antifascistas y cualquier inclinación a apoyar el viraje revolucionario de la república española. Por ello, señala Seidman, el ministro terminó por oponerse a la intervención soviética en España, consejo que sin embargo Stalin desatendería, como se sabe (58). Si en la Unión Soviética hubo algunas voces vacilantes como la de Litvinov, en el caso francés, en cambio, el Frente Popular adhirió sin más a la política de no intervención de Gran Bretaña, lo cual era sintomático de las profundas diferencias existentes entre las dos variantes, francesa y española, del Frente Popular. Sea como fuere, en España -argumenta Seidman desde una perspectiva que podemos imaginar que muchos lectores encontrarán bastante antipática- el sesgo revolucionario habría suprimido eventuales apoyos entre amplios sectores democráticos, incluso entre aquellos que, entusiastas, se alistaron voluntariamente en las brigadas internacionales desde los primeros momentos de la guerra civil para luego desencantarse, porque muchos de ellos -incluso intelectuales de renombre- habían ido a España a defender los valores democráticos avasallados por los regímenes nazis. El resultado no deseado de esta situación fue que una vez quebrada la aspiración de unificar por detrás de la causa republicana española a ambas vertientes antifascistas, la de los contrarrevolucionarios y la de los revolucionarios, la primera de ellas, desprendida de cualquier posible acusación de simpatías comunistas por parte de los sectores más conservadores, amplió su

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por Miranda Lida

base de apoyo, incluso entre católicos. El único costado feliz de todo ello habría sido -según Seidman- que así se logró impedir que Madrid se convirtiera en una nueva Sarajevo y, por lo tanto, la guerra de España permaneció bastante localizada. Tan sólo Pablo Picasso, aparentemente, habría mantenido la ilusión de poder conservar unidas las dos vertientes antifascistas en su aversión al nazismo; de ahí que en el *Guernica* evocara a la víctima y no a la militancia, según interpreta Seidman: por ello, dejó de lado la idea de incluir en su obra maestra la imagen de un puño cerrado, símbolo del Frente Popular (83).

La posición de Francia fue más difícil, tanto es así que Seidman señala que el antifascismo de su Frente Popular fue bastante "titubeante" (sic) (137), pero no simplemente a causa de la presión que ejercía la política británica de no intervención, sino porque antepuso el pacifismo y el deseo de conservar la unidad dentro del socialismo francés; de ahí que Seidman hable sin titubeos de un fuerte "déficit antifascista" (sic) en el Frente Popular del otro lado de los Pirineos. Sometida al temor de un cerco fascista en todas sus fronteras y a la preocupación por la posibilidad de que se interrumpieran las comunicaciones con sus colonias del norte de África (cosa que amenazaba con poner en jaque su imperio), León Blum osciló entre una política de no intervención al igual que Gran Bretaña y otra de no intervención *relajada*, con algunas concesiones tales como permitir el paso de voluntarios a través de la frontera. A medida que transcurría la guerra, aumentaba la violencia y se fortalecía el bando franquista, surgieron dudas cada vez más claras acerca de lo acertado de la política de no intervención seguida hasta ahí en España. Pero ya era tarde: cuando el conservador Winston Churchill -sumamente receloso de la república española- comenzó a mostrarse temeroso de una potencial expansión nazi en la península ibérica y apostó ya avanzado el conflicto por una mediación internacional, no tuvo éxito (66).

El antifascismo contrarrevolucionario también tuvo fuertes oscilaciones y momentos de apatía, pero se vio favorecido por la irrupción de un movimiento fascista como el que encabezó Oswald Mosley en Gran Bretaña, que paradójicamente dio pábulo a que se despertara un movimiento antifascista bastante más compacto en ese

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por Miranda Lida

país que abogó por prohibir sus movilizaciones y despliegue de fuerzas. Permitted de esta manera aspirar a "recrear la *union sacrée* de 1914" - argumenta Seidman-, acercando a liberales, moderados y conservadores, así como también morigerando lo más posible las tendencias más moderadas dentro del socialismo, aun cuando también en Gran Bretaña pudo verse que "la extrema izquierda [...] denunció la naturaleza contrarrevolucionaria del antifascismo" (145). En este contexto, Seidman traza un retrato bastante inesperado, incluso poco frecuente, de Winston Churchill: más allá de su anticomunismo virulento y su conservadurismo tradicional, fue lo suficientemente pragmático como para anteponer el antifascismo a otros valores, para lo cual se mostró propenso a acercarse a dirigentes laboristas británicos y a mitigar su anticomunismo, a tal punto que "ya en 1934 entendió que una alianza antifascista internacional debía incluir a la Unión Soviética, para bloquear una posible expansión alemana" (150), aun cuando no todos los conservadores británicos (v.g., Chamberlain) veían este asunto del mismo modo y optaban por el *appeasement*, que incitaba a no tomar medidas de fuerza frente a Hitler, a riesgo de dejarlo expandirse peligrosamente sobre el continente. En Inglaterra, al antifascismo se fueron sumando diferentes grupos cristianos que denunciaron el paganismo nazi, como fue el caso de *Sword of the Spirit*, los cuáqueros (que crearon distintas organizaciones para ayudar a refugiados tanto de centro Europa como de España) e importantes miembros de la iglesia anglicana como el vicario John Groser. También se verifica una fuerte impronta cristiana en algunas voces antifascistas y contrarrevolucionarias francesas -Jacques Maritain, Georges Bernanos, François Mauriac, entre otros-, pero fue Charles de Gaulle sin duda quien desde fines de la década de 1930 mejor advirtió el riesgo creciente del fascismo y, al igual que el Churchill que nos describe Seidman, estuvo dispuesto a forjar una alianza con la Unión Soviética, que creía decisiva para frenar la expansión alemana en Europa central y salvar la seguridad francesa -recuérdense aquí los anteriores tratados de Francia con Rusia-. Movidos más por el temor al expansionismo alemán y la amenaza que suponía para sus propios imperios ("era una cuestión de supervivencia", diría el militar francés)

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico por Miranda Lida*

que por un compromiso auténtico con los valores liberales y democráticos propiamente dichos, Churchill y en menor medida De Gaulle fueron las piezas clave del antifascismo contrarrevolucionario anglofrancés, si bien en los años prebélicos no fueron lo suficientemente influyentes políticamente hablando como para lograr torcer la política militar e internacional de sus respectivos países que en líneas generales se atuvo al *appeasement*.

Sin embargo, no debe deducirse que el antifascismo británico dependiera pura y exclusivamente del impulso de Churchill para activarse; de hecho, cuando a comienzos de 1940 llegó al puesto de Primer Ministro, ya se había producido un vuelco muy fuerte de la opinión pública británica en un sentido antifascista y sobre todo germanófilo. La conferencia de Múnich primero y la ocupación de Checoslovaquia por Hitler en marzo de 1939 después volcaron a los británicos a considerar más seriamente la posibilidad de que se desatara una guerra que a esas alturas comenzaba a ser percibida como inevitable, aun cuando no deseaban el conflicto armado en gran medida por razones pacifistas, pero también porque en ello arriesgaban la continuidad y la seguridad de su propio imperio. Hasta Múnich operó de un modo u otro la mala conciencia de Occidente por la desmembración territorial sufrida por Alemania en los acuerdos de Versalles; de ahí que hayan tolerado con indulgencia el *Anschluss* con Austria y el reclamo alemán sobre los Sudetes, territorios en los que Hitler podía alegar la vigencia de vínculos históricos, lingüísticos y culturales preexistentes con Alemania. Sin embargo, la anexión de casi todos los territorios checoslovacos bajo la órbita del Reich puso en evidencia que Hitler no deseaba simplemente la paridad o la recuperación del territorio de la Alemania anterior a la Primera Guerra Mundial sino, por el contrario, forjar un imperio expansionista y agresivo de nuevo cuño que presionaría sobre toda Europa.

En este contexto, Inglaterra y Francia optaron (en un gesto revelador del antifascismo netamente conservador que los movía) por conceder garantías a Polonia en lugar de forjar una alianza con la Unión Soviética en el este. A Stalin no se le escapó que de esa manera quedaría muy vulnerable, expuesto a sufrir una invasión alemana; de ahí que se

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por Miranda Lida

precipitara a firmar su pacto con Hitler: los desacuerdos entre antifascistas contrarrevolucionarios y revolucionarios no se habían diluido. Misma aprensión se advierte en la actitud de las elites francesas en 1940, que optaron por capitular ante el invasor a fin de "evitar una nueva Comuna de París" (183). Pero también hubo un alto precio a pagar por parte de Hitler por la agresividad que desplegaba internacionalmente, e incluso luego de la firma del pacto con Stalin: perdió toda credibilidad la idea, incluso entre los más conservadores, de que Hitler serviría de valla de contención frente al comunismo soviético. El pacto Hitler-Stalin invalidó el pacto Anti-Comintern que lo había precedido. En este marco, como es de suponer, el antifascismo conservador se fortaleció tanto que Seidman pone de relieve su carácter marcadamente inclusivo, en especial luego de 1940 con Churchill ya designado Primer Ministro: "los laboristas y sindicalistas se convirtieron en poderosos ministros y en socios casi iguales [...] Churchill incluiría también a Chamberlain y a sus seguidores en el gabinete" (187).

También en Francia se produjo un "espíritu de unidad similar" desde 1939, cuando se acordó incrementar el presupuesto militar, a excepción del partido comunista francés, que optó por seguir la línea soviética de "tregua" con Hitler de acuerdo con el pacto Ribbentrop-Molotov; desde esta posición, durante el *drôle de guerre*, el comunismo francés volcó toda su artillería contra el antifascismo antes que contra el nazismo. Pero la invasión alemana de mayo- junio de 1940 dejó al antifascismo francés desarmado. Mientras el general De Gaulle predicaba la necesidad de buscar apoyo británico para defender Francia, Pétain capitulaba en un gesto que a pesar de todo tenía algunas ventajas: Francia no tendría su gobierno y sus líderes en el exilio londinense como Polonia u otros estados europeos ocupados por el Reich (con la excepción del propio De Gaulle) y se evitaría de esta manera la tan temida -entre los conservadores- reiteración de la Comuna de París, a través de un régimen que buscaba ante todo la restauración del orden, pero claro que al precio de la *collaboration*, algo que pronto denunciaron los británicos, resentidos por haber perdido a su único aliado. No ha de extrañar pues que los británicos respondieran

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico por Miranda Lida*

bombardeando la flota francesa, a fin de evitar que la incautara Hitler; era un gesto por el cual además transmitían el mensaje contundente de que ellos no cejaban en su lucha, algo que "los nazis nunca entendieron bien [...] creían que acabarían transigiendo como habían hecho las élites alemanas, checas, francesas y el resto de las que habían conquistado" (196). Ironía del caso: los que coincidían con Pétain en la capitulación y la búsqueda de un nuevo "*appeasement*" con el Eje eran en estos primeros tramos de la guerra -antes de la operación Barbarroja- los propios comunistas que se aferraban a rajatabla al acuerdo firmado con Hitler. Por ello es posible encontrar en la Resistencia francesa, en sus primeros tiempos, un número importante de tradicionalistas, movidos por valores conservadores tales como la defensa del imperialismo y el patriotismo. Y en este contexto cobra todo su sentido la propia actuación política de De Gaulle, quien no quedó atado a las derechas conservadores o católicas, sino que apeló a todas las fuerzas políticas francesas, en nombre de la unión nacional.

La invasión nazi de la Unión Soviética cambió por completo el escenario y les impuso a los comunismos occidentales nuevos dilemas. A su vez, la entrada en escena de Estados Unidos reforzó el antifascismo contrarrevolucionario atlántico, pero ello no impidió que en junio de 1941 se forjara una unidad entre los antifascismos del este y del oeste por igual: tanto Roosevelt como Churchill coincidieron ya sin tantas vacilaciones en la importancia de ayudar a la URSS. Los antifascismos se volvieron más unidos que nunca, aunque eran evidentes las diferencias de criterio que existían en su seno, tanto en lo que respecta al manejo del conflicto como en todos los demás temas que habría que negociar en cuanto sobrevinieran perspectivas de ganar la guerra. La sucesión de conferencias entre los aliados (Casablanca, Teherán, Yalta, Potsdam) tenía como objetivo generar consensos, pero además transmitir el mensaje de que no habría acuerdos de paz unilaterales con Alemania (es decir, no se reeditaría la experiencia de Brest-Litovsk). Además, se le brindó amplio apoyo a la Resistencia francesa, que en retribución colaboró con la campaña de Normandía en 1944. La Resistencia francesa no tenía sin embargo un discurso antifascista

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por **Miranda Lida**

revolucionario: aspiraba tanto a la Liberación como a la restauración del imperialismo colonial francés, así como también a restablecer el orden, la religión y la propiedad -por ello no prescindió de antiguos *pétainistas*-. De ahí los devaneos de la izquierda francesa ante esta nueva situación. Y más en un momento en que el ocupante alemán presionaba sin cesar para enviar trabajadores franceses a Alemania, a fin de que sostuvieran el esfuerzo bélico nazi en las fábricas militares, cuyo ritmo de trabajo era intensivo; en este contexto, la añoranza por las jornadas de 40 horas semanales instauradas por el Frente Popular en los años treinta no hizo más que engrosar las filas de la Resistencia. Los conflictos laborales encubrían cada vez más crecientes dosis de sentimientos antifascistas, pero eso no significa que todos los paros ocurridos en la industria que funcionaba en la Francia ocupada, en abierta resistencia a las exacciones alemanas, puedan ser leídos como un desafío a la ocupación. Según Seidman, existía una "amplia zona gris que definía las relaciones de resistencia y acomodo entre ocupantes y ocupados" (316). Los obreros franceses, además, debieron soportar constantes bombardeos sobre el aparato industrial local por parte de los aliados, quienes querían prevenir que los nazis sacaran tajada de la producción industrial para sostener su esfuerzo bélico. Y si bien hubo franceses que se indignaron por los persistentes bombardeos aliados, ello no hizo mermar mayormente el sentimiento antifascista, fortalecido cada vez más a medida que la posición nazi en la guerra se tambaleaba. Así, puede concluirse que las huelgas fueron parte de las estrategias de lucha antifascista en la Francia ocupada en los últimos tramos de la Segunda Guerra Mundial.

Las clases trabajadoras, tanto de Gran Bretaña como de Estados Unidos, también se vieron sometidas a fuertes presiones durante la guerra, dado que el esfuerzo bélico obligaba a jornadas laborales cada vez más extenuantes e intensas. Ahora bien, luego de la operación Barbarroja, el Partido Comunista británico optó por apoyar el esfuerzo bélico, desalentar las huelgas y toda medida de fuerza de los trabajadores que pudiera disminuir el rendimiento laboral y por ende la productividad industrial, así como también alentó la implementación de medidas estajanovistas que garantizaran el máximo rendimiento y

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico por*
Miranda Lida

el trabajo ininterrumpido. La colaboración sindical y obrera fue indispensable para sostener el esfuerzo bélico, evitar el ausentismo, los conflictos laborales y los cierres patronales. La implementación de leyes antihuelga, apoyadas por sindicalistas y líderes obreros, les dio a los gobiernos la posibilidad de actuar duramente frente a los huelguistas, a los que acusaban de antipatrióticos e incluso de fascistas. Pero ello no impidió que los trabajadores tomaran medidas de fuerza, ya sea por cuestiones salariales o por las condiciones de trabajo en tiempos de guerra y de reiterados bombardeos.

Todo ello pone de relieve, según Seidman, "la naturaleza condicional del antifascismo obrero" (350) -y de cualquier otro antifascismo, casi-, puesto que adherir al antifascismo exigía resignar la posibilidad de llevar a cabo medidas de fuerza y al mismo tiempo someterse a las exigentes condiciones de trabajo del momento. Por ello Seidman concluye que "muy pocos individuos y ningún país importante demostró un antifascismo de principios y consistente" (399), más allá de que el antifascismo dejó su impronta en la inmediata posguerra, ya sea a través de las campañas de desnazificación y en las luchas poscoloniales de liberación nacional, cuando era común encontrar la acusación de fascistas dirigidas ahora contra las potencias imperialistas occidentales. Es por ello que, concluye Seidman, en casi todos los casos la opción por el antifascismo se produjo al precio de resignar otros valores, ya fuere la lucha de clases, el anticomunismo, el pacifismo, el tradicionalismo. Y una vez que la causa antifascista triunfó y Hitler fue derrotado, no tuvieron dificultades en volver la página y retornar a la posición anterior, en gran medida tradicionalista, conservadora o católica.

A modo de conclusión

El nudo argumentativo del trabajo de Seidman es -como se vio- complejo y multidimensional, con aportes, enfoques e interpretaciones novedosas y originales, además de que ofrece un vasto panorama atlántico de la historia de los antifascismos activos antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. El mapa de los antifascismos y la clasificación analítica proporcionada por el autor tiene además

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico por Miranda Lida*

enorme potencia por su posibilidad de ser utilizado en otras geografías, e incluso en países neutrales en los que tanto la sociedad como los intelectuales y la opinión pública no permanecieron impasibles frente al conflicto internacional. Si el vocablo antifascismo debe decirse en plural, puesto que no compone un bloque homogéneo ni estable, la apuesta de Seidman por el rigor analítico y la clasificación de sus distintas vertientes es sin duda uno de los principales méritos de esta obra, independientemente de que el mote contrarrevolucionario no refleje quizás del todo bien la diversidad de fuerzas que lo componían, así como tampoco sea del todo revelador de la agenda de prioridades que los antifascistas occidentales tenían en mente, en especial en los momentos más álgidos de la lucha contra el Eje. Hablar de contrarrevolucionario tiene sentido si uno se sitúa en el contexto de la guerra civil española, pero pierde buena parte de su contenido cuando de lo que se trata es de derrocar a Hitler. Dicho de otra manera: la elección que hace Seidman de la guerra civil como momento de inicio para una historia del antifascismo (sobre todo, occidental), ¿no condiciona acaso el resultado final de la investigación? No sabemos si fue por razones ideológicas, o quizás simplemente por efecto de la periodización escogida, que el autor no incluyó ningún capítulo centrado en el análisis del antifascismo soviético y su impacto en Europa occidental. Aún con sus contradicciones y vaivenes, es algo que se lamenta sobremanera en este libro, porque habría ayudado a analizar con mayor ecuanimidad e imparcialidad los antifascismos activos durante la Segunda Guerra Mundial, si bien, como se sabe, fue sobre todo en nombre de los valores patrióticos que Stalin logró movilizar el esfuerzo bélico ruso luego de 1941.

Y, asimismo, ¿acaso no se hubiera podido iluminar desde otro ángulo el problema del antifascismo de entreguerras si se hubiera elegido otra periodización, por ejemplo, tomando como punto de partida la propia llegada de Benito Mussolini al poder en 1922? La secesión del Aventino que siguió al asesinato de Giacomo Matteotti en 1924, por caso, ¿no hubiera merecido ser incluida en una historia del antifascismo -sobre todo- occidental, aun cuando, como sabemos, las potencias occidentales fueron de hecho más antinazis que antifascistas

Ensayo crítico

Ensayo sobre el libro de Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* por **Miranda Lida**

propiamente dichas? Otra pregunta que podríamos formularle a Seidman tiene que ver con los límites de la explicación por la vía del oportunismo y el pragmatismo de los actores o, dicho de otro modo, los límites de la explicación acerca del déficit en sus valores y su compromiso antifascista, puesto que finalmente ambos antifascismos llegaron a actuar de consuno durante la Segunda Guerra Mundial y forjaron alianzas más sólidas que las que vinculaban a las potencias del Eje. Así, bien podríamos preguntarnos si no había valores compartidos en el fondo en los movimientos antifascistas, por más que difirieran en sus opciones políticas, tales como el hecho de poder identificarse como hijos de la Revolución Francesa, como dice Hobsbawm, por ejemplo,¹ o cierta pervivencia dieciochesca, por más vaga que fuera, de la idea ilustrada de progreso de la humanidad, idea a la que se le pueden dar contenidos muy variados desde luego, pero que chocaba frontalmente con el nazismo. Estas preguntas no deslucen una obra que se volverá sin duda de referencia en su campo, dado que ayuda a desbrozar el asunto en una perspectiva transnacional hasta ahora poco ensayada.

¹ Eric Hobsbawm (2011). *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo*, Barcelona, Crítica.